

Gracias mamá.

Faltan diez horas para que de mi boca salga un roto y frío sí quiero. Faltan diez horas para comenzar una nueva vida, si es que se le puede llamar vida. Faltan diez horas para que mi corazón se quede sin latidos, mustio y apagado. Pero en esas diez horas puedo seguir pensando en ti, imaginando tus manos recorriendo cada rincón de mi cuerpo y quedarme sin aliento al soñar el tuyo sobre mi cuello.

*“El destino, tu destino”, eso dice mi madre y añade “al final te acostumbrarás, lo mío con tu padre fue así y me acostumbré, porque una siempre termina acostumbrándose a todo lo que se propone”, pero yo nunca lo haré, ni aunque me maten.*

Tú tampoco lo entiendes, no comprendes que somos de dos mundos diferentes y mira que te lo advertí. Cada vez que nos veíamos a hurtadillas te lo decía, pero tú no me creías, pensabas que nuestro mundo era el mundo verdadero y no, nosotros habíamos inventado el nuestro y ahí no daba cabida a nada que no fuera amor verdadero, pasión y cariño. Ideamos todo nuestro futuro, siempre juntos y nos veíamos rodeados de niños en un jardín frondoso, lleno de flores para que inundaran de fragancia nuestro hogar, construido con nuestras propias manos, piedra a piedra. A nuestro hijo mayor le llamaríamos Amín, un niño fuerte como tú, alto, lleno de energía y muy inteligente... a mí siempre me gustó este nombre y a ti a todo lo que yo diga siempre asientes. Luego llegaría Axa y seguro que se parecería a mí; menuda de ojos grandes y mirada alegre, soñadora y algo lunática... pero el pequeño Óscar sería ya la alegría de nuestra familia. Con él vendría la felicidad plena, el benjamín de la familia, pero el más espabilado con sus dos hermanos por maestros. Tú seguirías trabajando entre España y Marruecos, y yo esperararía deseosa recibir noticias tuyas...

Faltan nueve horas. Escucho mucho revuelo en la casa. Mi padre y sus hermanos están de celebración, llevan una infinidad de horas brindando a la salud de los novios. Él está pletórico, la familia de mi prometido es de buen linaje y piensa que su hija va a ser una reina en un hogar que antes de formarlo ya ni existe.

Solo lo he visto dos veces, la primera a través de la ventana. Fue en la puerta de la casa donde se fraguó el trato, donde me vendieron sin reparo, sin una pregunta, sin una explicación. Mi padre sonreía y estrechaba la mano de ese desconocido que pronto formaría parte de mi día a día. Sentí náuseas, un nudo en mi garganta me impedía respirar. Mi cabeza daba vueltas, todo me parecía que se me venía encima; lámpara, cuadros, armarios... y ahí estaba yo en medio de un terremoto inverosímil.

Corrí hacia mi madre. Ella tenía la cabeza agachada, sus ojos estaban ausentes, su mirada perdida. Las manos asían con fuerza un cuchillo y temí que lo dejase libre para terminar en su pecho, pero ya me di cuenta que, en silencio, ya sangraba por dentro. Revivía lo que hacía 20 años ella misma vivió, allá, en su barrio humilde de Mellah. Su padre la vendió al mío, aunque más que venderla fue un regalo; parecía que mi abuelo le daba las gracias por sacar a su hija de ese suburbio.

Ahora comprendo a mi madre, ahora entiendo por qué se negaba a reír y por qué llevaba siempre los ojos llorosos y bañados en tristeza. ¿Qué sabe mi madre de amor, acaso lo ha conocido alguna vez?

Faltan ocho horas. El ruido en casa se me torna ensordecedor; unos entran, otros salen y yo sigo sumida en este mar de lágrimas invisibles que recorren mis mejillas y bañan estas hojas de reclamo. Te imagino aún en tu trabajo, tan apuesto, tan elegante. La gente te respeta porque tu voz varonil resuena en el aire y la transporta meciéndola con aplomo hasta calar en todo aquel que te escucha. Tu discurso es convincente, siempre me dices que hay que pensar antes de hablar porque el éxito está en ese compendio entre la preparación y la suerte. Siempre aprendo de ti, tú me has enseñado todo, desde hablar castellano a soñar despierta tal cual hago ahora. A tu lado las horas se transforman en segundos, a tu lado el tiempo se detiene...

Nos conocimos en la tienda de Abú, mi primo. Él quedó eclipsado cuando entraste con ese traje beige y ese sombrero tirolés que te hacía tan galán e interesante. Abú es muy enamorado, pero siempre guardando silencio. Solo yo sé que le gustan los hombres, es nuestro mayor secreto, por eso comprenderás que él también sepa lo nuestro.

Abú no vendrá a la boda, se pone enfermo cuando lo piensa y ahora, a tan solo ocho horas para el evento, lo imagino histérico y languideciendo, como yo, por los rincones de esta maldita casa. Eres su amor platónico, pero no me importa, porque yo adoro a Abú y le dejo que también te quiera.

Faltan siete horas y un sudor frío recorre todo mi cuerpo. Hace un instante mi madre ha venido a verme. Me ha dado un abrazo tan fuerte y sentido que no he sabido interpretarlo. En silencio me ha mirado y me ha vuelto a abrazar... luego se ha marchado. Al rato ha vuelto a entrar, pero esta vez venía con un par de tazas de té, así que nos hemos sentado y yo me he recostado sobre su pecho, cerrando los ojos, queriendo parar este atropello que estoy viviendo.

*"Sé lo de Óscar"*, me acaba de decir, y ha sido escuchar esto y me he exaltado con un temblor indescriptible. Frente a frente me ha mirado y me ha sonreído y yo he logrado contenerme y controlar estos nervios que me asfixian. Es la primera vez que veo a mi madre sonreír, la primera... Mi corazón ha comenzado a latir, ha recobrado vida, pero mi boca es incapaz de emitir sonido alguno. Me ha cogido de la mano y se la ha llevado a su pecho y he notado ese palpar agitado que no he sabido explicar.

Faltan seis horas. Mi madre sigue acariciándome el pelo. Nuestro silencio es interrumpido por las voces de los vecinos que llegan a casa agitados y alborotados. Mi madre ha roto por dentro y me ha contado todo, absolutamente todo; mi padre no fue tan buen marido como ella nos ha hecho creer a mí y a mis cinco hermanos, mi madre nunca lo ha querido y ha sufrido más de una vez humillaciones y maltratos. Lloro y mis lágrimas se mezclan con las suyas mientras mi cabeza solo evoca tu nombre... Óscar... querido mío.

Faltan cinco horas. No entiendo cómo lo ha conseguido, no doy crédito y mi primera intención natural es decir no... pero mi madre me insiste, me sonrío, me anima. Lo tiene todo planeado, en tan solo una hora, mi primo Abú vendrá a buscarme, él se las ingeniará para esquivar a la gente que entra y sale de casa. Hay tanto alboroto que dice mamá que le será fácil pasar desapercibido, y me lo creo porque Abú es tan poquita cosa en comparación

con mi padre, que hasta su presencia le molesta. Mamá está muy tranquila ahora, ya ha soltado todo el lastre que llevaba consigo desde siglos, sabe a qué se atiene, pero no le importa, porque ahora por fin es feliz. Mis cinco hermanos, como son varones, no tendrán problema alguno en encontrar amor y felicidad, por eso mi madre solo piensa en mí. Ha reunido todo el dinero que ha podido vendiendo lo poco que ha ido guardando con el paso del tiempo; aquel collar que la tía Mara le regaló, el anillo de bodas y aquella cadena de plata que mi padre le dio el día que le pegó la primera bofetada. Con todo ese dinero ha comprado un billete de avión de ida sin retorno, un billete para mí. En tres horas parto para Madrid, la capital de mi libertad.

Faltan cuatro horas. Todo está listo. Abú acaba de entrar en mi alcoba. Nos abrazamos los tres y rompemos a llorar y a gritar de júbilo... Mi padre nos escucha y entra a la habitación irrumpiendo nuestro momento. Cuando nos ve se asombra, pero su poca capacidad no le permite llegar a pensar qué tramamos. Ríe y se marcha... adiós papá, vendré pronto, pero con Óscar de mi mano y me llevaré a mamá conmigo. No lo dudes.

Faltan tres horas y ya estoy en la puerta de embarque. Todo ha sido tal cual mi madre ideó. Nadie nos vio. Abú y yo saltamos desde mi balcón al de la tienda y de ahí a la calle que me conduciría a la esperanza. Ya montados en su coche, Abú pone la radio a un volumen que me hace reír porque es imposible escuchar lo que me dice. Río, lloro, grito, canto... Gracias mamá, es lo único que me sale del alma.

Seudónimo: Pepón